

24.10.77

El Día.

Javier LOPEZ MORENO

¿Quién liquidó su ser físico?

Muchos me dirán que soy aventurero, y lo soy; sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades. Ernesto "Che" Guevara.

El sábado 8 de octubre se cumplieron 10 años de la muerte del latinoamericano Ernesto "Che" Guevara.

Una existencia formidable, ahora en la penumbra y en la luz de la historia y la leyenda. Su figura y su obra traspusieron los confines regionales y enardecieron a los luchadores de lugares tan distantes y remotos como la isla de Ceilán, donde la señora Sirimavo Bandaranaike hizo frente a una algarada que cimbró hasta los cimientos a su gobierno y que sólo pudo liquidar con ayuda foránea.

No cumplía aún los 40 años cuando fue muerto en Bolivia, en la Quebrada, del Yuro, en un enfrentamiento con el ejército que desde hacía meses lo copaba. Pese a muchos de sus irreflexivos seguidores, de los esnobistas de la revolución, el Che no perseguía el martirio individual, el temerario sacrificio que a la postre se vuelve inútil. Porque desgraciadamente no pocos de los que se dicen sus adeptos trastocan la naturaleza y los fines de su activismo. Lejos de buscar una vida ejemplar, andan a la caza de una "muerte digna", como si el testimonio de la actitud revolucionaria pudiera agotarse en unos minutos de holocausto en lugar de ser prueba y desafío de todos los días, tarea de creación y recreación diarias, vitalidad florecida en las derrotas pasajeras, ánimo para caminar aunque las ampollas revienten. No es, nunca ha sido ni será el deber revolucionario una obligación para el suicidio.

Era un revolucionario cabal, preparado, disciplinado, activo, realista, sencillo y paciente. Encarnaba lo que Althusser llamó la "práctica teórica". Las 24 horas del día era combatiente, como agitador, guerrillero, escritor, político y funcionario de Estado. Maduró en el poder, "con las raíces al aire" como dijera uno de sus biógrafos. Tenía una instintiva rebelión a toda afrenta, a todo acto de humillación. En la carta que dejó a sus hijos cuando marchó a Bolivia hay una recomendación que lo pinta de cuadro entero: "Sientan en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo".

Había nacido en 1928 en Rosario, Argentina. Era médico de profesión y había prestado sus servicios en diversos leprosanios argentinos. No fue un destacado estudiante ni tampoco sobresalió como líder universitario, pero tampoco se dejó atrapar

por la comodidad clasemediera en que naufragaron los miembros de su generación. Recorrió el continente en plan de aventura y por todas partes se halló con el mismo rostro desgraciado de la miseria colectiva. Y no cerró los ojos ni ocultó el rostro: en Guatemala estuvo presto a combatir pero circunstancias diversas se lo impidieron. Aquí en México conoció a Fidel Castro y se declaró dispuesto a la gran aventura, la luminosa aventura de la liberación de Cuba, porque "valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro". (¡Oh amargas paradojas de la vida: la casa donde con Fidel planeó la empresa de Granma, es ahora un Burger Boy!).

Y el fugitivo del peronismo, el que se negó a creer en los milagros del populismo dadivoso, haría su parte en la primera revolución socialista de América.

No se le reduzca a los cánticos desafortunados; no se le congele en los lemas pasajeros; no se le mate en el aventurerismo que sólo cree en la fuerza y la violencia. Tiene una dimensión histórica que no alcanzan ni sus corifeos de ocasión ni menos aún sus detractores.

Lo que el Che se preguntaba respecto a la muerte de Camilo Cienfuegos, puede aplicársele justamente a aquél:

... ¿Quién lo mató? Podríamos mejor preguntar: ¿quién liquidó su ser físico? Porque la vida de los hombres como él tienen su más allá en el pueblo; no acaba mientras éste no lo ordene".